

I. DESEOS Y BÚSQUEDA



Objetivos:

- Fundamentar la búsqueda religiosa en el deseo de felicidad y de plenitud presente en toda persona.
- Descubrir la presencia de Dios que nos habita en lo más profundo de nuestro ser.



Ficha 1: El deseo de ser felices

A veces, palabras como amor, libertad o felicidad, que expresan realidades sublimes, corren el riesgo de ser “manoseadas” por el hecho de usarse demasiado y mal. Qué duda cabe, sin embargo, que el deseo de ser felices nos mueve. Cada día nos disponemos a vivir una nueva jornada en la que, de una manera u otra, buscaremos la felicidad. Consciente o inconscientemente, el deseo de ser feliz está presente en lo más profundo de nuestro ser.

Aunque no es fácil hacer una definición, podríamos decir que entendemos por felicidad la experiencia de armonía con uno mismo, de vivir la vida con agrado. Somos felices si nos realizamos en aquello que descubrimos como válido y digno de ser vivido.

La mayoría de las personas nos trazamos unas metas y un “proyecto de vida”, aunque sea de forma indefinida y sin formularlo expresamente. Por realización personal podríamos entender vivir coherentemente con el proyecto y las metas que nos hemos fijado, con los valores que hemos asumido como dignos de configurar nuestra existencia.

Es verdad que los criterios sobre dónde hallar la felicidad, muchas veces, nos vienen de fuera (publicidad, medios de comunicación, ambiente en el que nos movemos...) Por eso, es necesario un esfuerzo de personalización e interiorización para descubrir, por uno mismo, aquello en lo que merece la pena poner empeño y que nos hará felices si lo realizamos. En definitiva, se trata de buscar lo que de verdad nos conduce a la realización de nuestros deseos más plenos.

Preguntas para compartir

1. Para mí ¿qué es la felicidad?
2. Recuerdo algunos momentos felices y los comparto con el grupo o con la comunidad.
3. ¿Dónde busco la felicidad? ¿Dónde la encuentro?
4. ¿Qué me aporta la fe en mi búsqueda de la felicidad?

Textos para orar

Perseguir la felicidad es la carrera de toda una vida.
Nunca es tarde para ser lo que te hubiera gustado ser.
La vida es demasiado corta para despertar con remordimiento.

Por lo mismo, cree en que todo pasa por alguna razón.
Si te dan una segunda oportunidad agárrala con ambas manos.

Si cambia tu vida, deja que cambie.
Nadie dijo que la vida sería fácil,
solo prometieron que valdría la pena vivirla.

Daniel Herrera

Entonces...

Este es mi deseo: que a todas las armas se les caiga la "r",
letra de retraso y de rencor.
No es cuestión de armarse, sino de amarse.

Entonces, cuando las armas pierdan su agujón de muerte,
cuando los fusiles disparen flores y caramelos,
cuando los tanques se conviertan en tractores
y cuando no haya más bombas que las del corazón...

Entonces, cuando las guerras no sean contra el hombre,
sino contra el hambre,
cuando no se mate a los enemigos, sino a la enemistad,
cuando no se fabrique más muerte, sino vida,
cuando la única violencia sea del amor...

Entonces... se habrán cumplido
nuestros más hondos deseos.

Autor desconocido

**“La felicidad está en ti mismo.
Si logras encontrarla,
harás feliz a muchos más”.**
(Ángel Galdós)



Ficha 2: Interioridad y deseo

En nuestro corazón podemos reconocer deseos de relación y de amor que hacen presentir la presencia de Dios en nuestro interior. El deseo es la puerta abierta a través de la cual Dios puede entrar en nosotros. Un gran teólogo, San Agustín (354 - 430), nunca se cansó de mostrar la verdadera meta del deseo: *“A ti, alma, sólo te basta con Aquel que te ha creado. Todo lo otro a lo que te vuelques te será miserable, porque a ti sólo te alcanza con Aquel que te ha creado según su imagen”*. Nuestro corazón no se calmará hasta que encuentre paz en Dios.

Ernesto Cardenal, contemporáneo nuestro, tomando muy en serio esta cuestión del deseo, lo ha descrito de forma conmovedora: *“Y en los ojos de todo ser humano hay un anhelo insaciable. En las pupilas de los hombres de todas las razas; en las miradas de los niños y de los ancianos, de las madres y de la mujer enamorada, del policía y del empleado, del aventurero y el asesino, del revolucionario, el dictador y el santo; existe en todos la misma chispa de deseo insaciable, el mismo secreto fuego, el mismo abismo sin fondo, la misma ambición infinita de felicidad, de gozo y de posesión sin fin”* (*“Vida en el amor”*, 1997).

Anhelar algo con pasión es propio del ser humano, pero hay que saber discernir estas búsquedas para no equivocarnos de dirección. Por ejemplo, tras de la búsqueda de medios materiales hay un deseo de bienestar y de vivir tranquilo, pero lo trágico de esta situación es que nos obsesionamos con las posesiones y esto nos lleva a un estado de mayor intranquilidad. Cuando perseguimos el éxito buscamos ser valorados, pero difícilmente lograremos calmar la necesidad de reconocimiento. Personas que parecen haberlo alcanzado todo, pueden sentirse invadidas por un gran vacío interior.

Cada persona desea, en última instancia, amar y ser amada. Con solo leer los periódicos descubrimos cuántos de estos anhelos quedan excluidos o no obtienen respuesta alguna. No obstante, en cada pequeño amor, se oculta el deseo del amor absoluto, el deseo de amar a Dios. Es bien conocida la expresión de San Agustín: *“Nuestro corazón está inquieto, Señor, hasta que descanse en Ti”*.

Si miramos con sinceridad nuestro interior, reconocemos el deseo de “algo más”. Nos sobreviene la necesidad de buscar más allá, de sumergirnos en lo secreto, en lo trascendente, en lo que nos supera y es más grande que nosotros mismos. San Agustín decía de sí mismo: *“No creo que pueda encontrar algo que anhele tanto como el deseo de encontrar a Dios”*. Él mismo vivió una constante búsqueda. Primero intentó encontrar su felicidad en la relación con una mujer, luego en la filosofía, más tarde en la ciencia, en el éxito y en la amistad. Pero tuvo que aceptar

que el motor de su búsqueda era Dios. Sólo cuando encontró a Dios, logró calmar su corazón.

Si somos capaces de reconocer en nuestro interior este deseo de buscar a Dios, no nos sentiremos defraudados cuando la persona que tanto amamos no logra calmar nuestras aspiraciones de amor absoluto. De este modo, no recargamos nuestras relaciones de pareja, de amistad, de comunidad... con expectativas que, en realidad, sólo Dios puede satisfacer. Esta toma de conciencia ayuda a la convivencia y permite a cada persona ser como es.

Las desilusiones forman parte de nuestra vida. Nuestra familia o profesión nos desilusionan y nos desilusionamos de nosotros mismos. Las decepciones nos hieren y muchos prefieren evitar ese dolor huyendo permanentemente de sí mismos. Sin embargo, cuando reconocemos nuestros deseos profundos, acogemos con serenidad la idea de que nuestra profesión, familia, amistades... no terminarán de llenarnos y, de este modo, nos reconciliamos con nosotros mismos, con nuestros errores y con las limitaciones de los demás.

Vocación es mantener despierto el deseo en mi corazón y, de este modo, estar ante Dios con un corazón que se expande y llega a las personas que me rodean. Un corazón grande tiene suficiente espacio para las personas. Un corazón grande no juzga, sino que acepta y experimenta la vida con sus decepciones y desilusiones. Asumir las situaciones de limitación no significa dejar de crecer en el deseo de buscar a Dios. Este es un deseo que enardece el corazón.

El deseo me permite contemplar genuinamente mi vida. No necesito exagerar ni demostrar a los demás cuán profundas son mis experiencias o qué avances he logrado en mi camino interior. Me acepto tal cual soy, como una persona común, siempre en búsqueda, con éxitos y fracasos, sensible e insensible a un tiempo, espiritual pero a la vez superficial.

En ocasiones es importante preguntarse “¿Cuál es mi más profundo anhelo?” Tal vez no podamos dar una respuesta inmediata, pero cuando nos hacemos esta pregunta, abandonamos toda búsqueda compulsiva. Todo aquello que me podría llegar a preocupar se transforma en algo intrascendente. De este modo, llego a relacionarme conmigo mismo, con mi corazón, con mi propia vocación. ¿Quién soy yo en realidad? ¿Cuál es mi misión? ¿Qué huella quiero dejar en este mundo? ¿Qué es lo que satisface mi deseo? Finalmente, siempre encuentro a Dios como última meta de mi deseo.

La pregunta sobre mi más profundo deseo no sólo me lleva a Dios, sino que me hace descubrir que también Dios anhela mi persona. Dios anhela relacionarse con los seres humanos. Si llego a preguntarme sobre mi más profundo anhelo,

descubro que quiero responder al deseo de Dios sobre mí, del mismo modo que yo anhelo a Dios.

¿De qué forma podemos llegar a relacionarnos con nuestros deseos? Uno de los caminos es contemplar nuestra vida y descubrir qué deseo oculto hay detrás de nuestras pretensiones, adicciones, pasiones, necesidades, anhelos y esperanzas. El otro camino es transitar por la oración. Según San Agustín, la oración tiene como tarea estimular nuestros deseos. Cuando pedimos: *“Venga a nosotros tu Reino”*, no es tanto porque debemos implorar a Dios, sino para activar en nosotros el anhelo del Reino. Del mismo modo, los salmos son cantos del deseo, en los que cada palabra debería despertar y reforzar en nosotros la necesidad de sentir a Dios: *“Mi Dios, yo te busco, mi alma tiene sed de Ti, mi carne tiene ansia de Ti, como tierra seca, agotada, sin agua”* (Sal 63, 2).

San Agustín reconoce que no podemos orar vocalmente sin pausa, ni tampoco doblar nuestras rodillas constantemente. El único camino para orar sin cesar es orar con el deseo. *“Tu deseo es tu oración. Si es un deseo persistente, también es una oración persistente... si no quieres interrumpir tu oración, no interrumpas el deseo. Tu deseo ininterrumpido es tu voz, (orante) ininterrumpida”*.

Orar significa entrar en contacto con el deseo de amor presente en nuestro corazón, deseo que ya en este mundo nos une a Dios. Por ello: *“Te callas, cuando dejas de amar... el enfriamiento del amor es el enmudecimiento del corazón. La fogosidad del amor es el llamado del corazón”*. Anhelar a Dios significa amar a Dios, significa llegar a Dios a través del amor. Orar es la expresión de ese amor y, orar es, al mismo tiempo, profundizar en mí este amor. Orar significa entrar constantemente en contacto con mi más profundo deseo, en lo hondo de mi corazón. Es hacerse lo más permeable posible al amor de Dios, a su misericordia.

El deseo es el reflejo de Dios en mi espíritu. Es la fuerza que infunde Dios en mi corazón. Dios me ha dado el don del deseo, a través del cual no dejo de buscarlo y de experimentarlo. En el deseo no logro ninguna imagen de Dios ante mis ojos pero, intuyo que Dios está presente en mí, que el misterio me supera y que ya, en el deseo de sentirlo, he podido alcanzar a Dios.

Yo mismo soy el verdadero lugar donde transcurre la experiencia divina. Mientras ausculto lo profundo de mi corazón, descubro el deseo y experimento a Dios en mi interior, que mora en mí y es quien siempre agita mi alma a través del deseo que se mueve en mí.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi misión en el mundo? ¿Qué huella pretendo dejar?
2. ¿Cuál es mi anhelo más profundo?


Texto para orar

Tú, Dios de la vida y de mis relaciones.
Tú, Dios de la alegría de vivir y Dios de mi anhelo.
Tú, Dios que me buscas y vienes a mi encuentro.
Tú, Dios que estás en mí, en mi mundo interior.

¿Dónde se encuentra el lugar, a salvo en mi interior,
donde Tú, Dios, te mantienes al resguardo?
Lo presiento en algún lugar de mi cuerpo,
lo descubro en un lugar menos pensado
lo siento en forma y color,
en este lugar santo, protegido y claro,
lleno de misterio resguardado en medio de mi ser.

Ven, canta en mí, mi Dios, un canto de libertad,
que aleja todo lastre de imágenes tuyas de antaño.
Solo ahí donde hay un lugar vacío,
puede originarse algo nuevo.
Sólo ahí donde las viejas imágenes pueden olvidarse,
podemos hacer espacio para el Dios de la vida.

Autor desconocido



**El camino más difícil es el camino
al interior y... al menos,
una vez en la vida, debemos recorrerlo.
(Hammarshold)**

Ficha 3: Experiencia de Dios y deseo

Nuestra relación con el mundo de los deseos no siempre ha sido bien entendida. En algunas tradiciones religiosas (también en nuestra tradición cristiana) los deseos eran ambiguos y peligrosos. Seguir los deseos era hacer la propia voluntad en vez de obedecer las normas de la Iglesia. El deber, la fidelidad a las expectativas de los demás, la abnegación en el sentido casi literal de renunciar a los propios gustos y a la propia personalidad, se convirtieron muy fácilmente en criterios de progreso espiritual. Desear parecía ser propio de una persona apasionada; en cambio, el ideal cristiano consistía en ser persona de buen juicio, fría y objetiva. Parecía, por tanto, que lo que debía guiar nuestras elecciones era el desprendimiento de los propios deseos, como algo de lo que era mejor desconfiar.

Sin embargo, los místicos no tienen inconveniente en hablar de deseo. La psicología reconoce una estrecha relación entre el campo del desear y el del querer; por lo que el deseo puede ayudar a reforzar y engrandecer espiritualmente los actos de la voluntad. San Ignacio así lo entendía y por ello, en la suprema oblación del “Rey Eternal”, propone al ejercitante esta admirable fórmula: *“Que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza...”* (EE 98).

El deseo tiene mucho que ver con nuestra capacidad de amarnos de verdad a nosotros mismos, amar a los demás y a Dios, e incluso amar ideales o causas. Recordemos que el amor no es sólo cuestión de sentimientos a flor de piel. Puede haber temporadas, incluso en los compromisos amorosos más serios, en las que no se experimente el amor sensible. Pero, en definitiva, el amor se demuestra en un centramiento y en una dedicación que es mayor y más honda que la mera obligación o voluntad. Es más bien lo que San Agustín y San Ignacio denominan determinación.

Los deseos individuales, como todos los sentimientos, tienen distinta intensidad. Pueden variar desde débiles aspiraciones hasta fuertes pasiones que nos guían en una dirección concreta y gobiernan nuestras acciones y pensamientos. Algunos son fugaces, mientras que otros permanecen y reaparecen constantemente. Pero es importante caer en la cuenta de que nada pasivo ni blandengue tiene que ver con el deseo, porque este proporciona energía y dirección a nuestra psique.

Catalina de Siena, mística italiana del siglo XIV, reconocía este poder positivo y extraordinario de nuestros deseos, cuando escribió que los convierte en uno de los pocos caminos de llegar a Dios porque “no tienes nada infinito, excepto el amor y el

deseo de tu alma". El Maestro Eckhart, místico dominico alemán de la misma época, sugería que el motivo por el que no vemos a Dios es la debilidad de nuestro deseo.

Muchos maestros espirituales cristianos han utilizado términos como "deseo", "anhelo", "nostalgia" o sus sinónimos, para expresar nuestra búsqueda de Dios, así como su voluntad de salir al encuentro de la humanidad.

Vivir significa desear y elegir, optar continuamente. Llegamos a ser personas a través de muchas elecciones.

En sus Ejercicios Espirituales, San Ignacio dice que hay que desear "lo que más conduce al fin para el que somos criados", junto con la indiferencia o el desprendimiento. Estos últimos términos, en muchos contextos, han sido y son interpretados de manera negativa. Pero en realidad es el medio para alcanzar progresivamente un mayor nivel de libertad interior.

Esta libertad interior es lo que necesitamos para pasar de los deseos inmediatos a los deseos más profundos. Se trata de un camino hacia lo hondo del corazón, donde junto a lo más profundo de nuestro yo, creemos que también habita Dios.

Elegir o discernir no implica sólo pensar desprendida y racionalmente. Para discernir tenemos que sumergirnos en nuestra experiencia, en nuestros deseos. Discernir es buscar continuamente la autenticidad. No es situarse en un nivel más profundo de consciencia ni en una simple decisión; implica avanzar en la relación armoniosa con lo más auténtico de nosotros mismos, lo que también significa entrar en diálogo con la realidad, con las circunstancias y relaciones de nuestra vida.

Descubrir el deseo auténtico de nuestro corazón es también reconocer algo conocido, quizá explícitamente por primera vez. En un sentido, por lo tanto, es una vuelta a las fuentes del propio ser. Nuestros deseos tienen la capacidad de revelar nuestra verdad. Como dijo el maestro budista Achaan Chaa: *"en algún momento, tu corazón te dirá lo que tienes que hacer"*.

Preguntas para compartir

1. Haz una lista de tus deseos. Elige los tres que consideras más hondos y explica por qué.
2. ¿Tus deseos tienen algo que ver con la búsqueda de Dios? Explica tu respuesta.
3. En relación con tus deseos profundos, piensa en una elección importante que ha marcado tu vida. ¿Qué renunciaste supuso? ¿Qué significó para tu crecimiento personal? Comparte tu experiencia.

Texto para orar

Acógeme, Señor, en tu casa y regálame con tu presencia.
Unifica en Ti todas mis dispersiones.
Sana las rupturas de mi espíritu y de mi cuerpo.
Refresca mi mente y mis entrañas.
Apaga las seducciones que me precipitan al vacío.
Disuelve los miedos que me paralizan.
Aligérame de leyes y cargas.
Lava mis ojos y mi corazón.
Fija mi deseo sólo en Ti.
Y acoge en tu regazo lo que soy y lo que fui,
para que tenga vida y florezca.

Florentino Ulibarri

PROPUESTAS Y RECURSOS COMPLEMENTARIOS

1. Buscar anuncios publicitarios que “venden” propuestas de felicidad.
2. Reflexionar frases de personajes célebres sobre la felicidad.
3. Escuchar y comentar la canción “Hoy es un nuevo día” de Facundo Cabral.
4. Video-fórum sobre la película “En busca de la felicidad”.
5. Plasmar la experiencia compartida en el grupo o en la comunidad utilizando dibujos o fotografías.